

BARTOLOMÉ DE LAS CASAS EN LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA

SELENA MILLARES
(Universidad Autónoma de Madrid)

...Con el hábito blanco, como una nube de sandalias ligeras, cruza por las tierras de Veracruz y Chiapas, aquel loco –loco como quiere Menéndez Pidal–, pero loco como Jesús, loco como el Quijote, loco como Bolívar, que se llamó Bartolomé de las Casas.

Miguel Ángel Asturias¹

Cuando volvemos la mirada, desde nuestra perspectiva de siglo XXI, hacia la literatura áurea hispánica en los territorios americanos, podemos percibir un panorama bien distinto al de la literatura peninsular. Se gesta en un contexto de extremos rigores, y sus manifestaciones no componen precisamente una edad de oro, imposibilitada por una censura férrea que persigue o silencia la palabra libre de un modo implacable. Las exigencias –por real decreto– de que no se publiquen prosas ficcionales ni textos que no conlleven contenidos moralizantes, suponen una pesada carga para el escritor, cuyos malabarismos para burlar ese *argos* oficial logran en pocas ocasiones ofrendar tímidas muestras de escritura imaginativa, como en los casos de Juan Rodríguez Freyle o Carlos de Sigüenza y Góngora. No obstante, y a pesar de la malandanza, hay numerosas

¹ Miguel Ángel Asturias, «Los dos Quijotes: la locura de Fray Bartolomé», en *América, fábula de fábulas*, ed. R. Callan, Caracas: Monte Ávila, 1972, pág. 353.

voces que logran emerger en esos tiempos difíciles, y trascender los siglos para hablarnos todavía hoy, con plena vigencia; entre ellas, probablemente sean tres las que más proyección han alcanzado, por razones diversas que incluyen un componente común: su hondo humanismo. Son esas voces la de Juana de Asbaje –Sor Juana Inés de la Cruz, recordada y homenajeada prolijamente desde tiempos del modernismo, como poeta excelsa y también como defensora de las clases marginales–, Garcilaso de la Vega el Inca –defensor del mestizaje y la conciliación de razas, de tanta presencia en el pensamiento indigenista, y del que acaba de celebrarse el centenario de su obra cumbre– y Bartolomé de Las Casas, el Defensor de los Indios, que al igual que los anteriores destaca por su compromiso humanista y también por su biografía, ya casi legendaria. Entre la hagiografía y la demonización, las revisiones de su legado desatan pasiones que raramente hallan un punto de equilibrio y consenso, desde quienes lo culpan de fanático e impulsor de la leyenda negra antiespañola, o los que lo acusan del esclavismo africano en el Nuevo Mundo, hasta quienes lo enaltecen como apóstol de la paz e incluso profeta, o quienes consideran que su actuación fue cuestionable e insuficiente². El propósito de estas breves líneas es hacer un recorrido somero por las visiones literarias a las que ha dado lugar en el último siglo, para desembocar en la notable pieza teatral que le dedica Miguel Ángel Asturias: el Nobel guatemalteco, devoto del legado lascasiano, hizo diversas calas en la vida y la obra del fraile dominico. Entre ellas destacan dos breves e intensos ensayos –donde se apropia de los argumentos de ataque de Menéndez Pidal sobre la locura quijotesca del personaje³, para construir su apasionada defensa–, y una pieza teatral, *La Audiencia de los Confines* (1957), estrenada en su país en 1961, que modificó en años sucesivos hasta configurar *Las Casas: el Obispo de Dios*⁴. Esta última versión quedó inédita a su muerte –en 1974–, pero

² Sobre el proceso de recepción de su obra antes del siglo xx, véase el prólogo de Andrés Moreno Mengíbar a Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Sevilla: Colección Er Textos Clásicos e Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, 1994.

³ El texto original reza así:

«Por mi parte, me contentaré con decir que Las Casas padecía una dolencia semejante a la de Don Quijote.

A muchos se ha ocurrido comparar a Las Casas con el caballero de la Mancha. Todo verdadero español tiene algo de Don Quijote; pero no se precisa en qué consiste el particular quijotismo del Padre Las Casas.

Don Quijote es un enamorado de la justicia universal; él como caballero andante debe amparar la justicia contra todos los más varios enemigos que halla en su camino. Las Casas es un apasionado de la justicia a favor del indio [...] Las Casas, muestra igual asombrosa energía y tesón que Don Quijote, pero por su incomprensiva aversión al colosal y sufridor esfuerzo de los descubridores o de los pobladores de las tierras incógnitas, por su cerrada condenación del trabajo organizador de un nuevo mundo y una nueva vida, se muestra inhumano, a la vez que reniega de la mejor obra de España, la denigra» (Ramón Menéndez Pidal, *El Padre Las Casas. Su doble personalidad*, Madrid: Espasa Calpe, 1963, págs. 337, 339).

⁴ Miguel Ángel Asturias, *Las Casas: el Obispo de Dios (La Audiencia de los Confines. Crónica en tres andanzas)*, ed. J. M. Vallejo, Madrid: Cátedra, 2007.

fue parcialmente estrenada en París y en francés en 1972⁵, y ha sido publicada en 2003 por Archivos y en 2007 por Cátedra. Es probable que con ella su autor quisiera contribuir al quinto centenario del nacimiento del dominico, que por entonces se celebraba en muy diversos lugares⁶, como lo demuestra, por ejemplo, el intenso debate que tuvo lugar en México⁷.

No es intención de estas breves líneas polemizar aún más sobre las muy diversas interpretaciones de su legado, ni revisar el eco de su voz a lo largo de siglos de un debate aún vigente sobre el derecho de conquista y la legitimidad de sus formas. Tan sólo se trata de rastrear su huella en el plano literario, es decir, cuando el sujeto histórico se convierte en personaje de ficción y protagoniza pasajes poéticos, novelescos o teatrales; a ambos planos se refiere Augusto Roa Bastos al declarar que «el español es el único sistema colonial que, al mismo tiempo, produce el nacimiento de una conciencia anticolonial», y también, que «la historia sigue siendo un género de ficción»⁸. La obsesiva búsqueda latinoamericana de su propia identidad a partir de la independencia, en especial la reescritura de la historia colonial, en la que sus intereses fueron gestionados por fuerzas foráneas, es una de las explicaciones de esa presencia constante. Ésta ya puede detectarse en el momento de la emancipación, en los comienzos del convulso siglo XIX, cuando otro dominico legendario, Fray Servando Teresa de Mier –cuya vida fue novelada por Reinaldo Arenas en *El mundo alucinante*–, reedita la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* con un prólogo suyo (1812). O cuando Simón Bolívar escribe su célebre «Carta de Jamaica» (1815)⁹, donde

⁵ J. M. Vallejo, prólogo a M. A. Asturias, *Las Casas*, pág. 66.

⁶ Posteriormente se ha corregido su fecha de nacimiento, que al parecer no fue 1474 sino 1484.

⁷ En el volumen *Actualidad de Bartolomé de Las Casas* tenemos una muestra de ese debate, donde por ejemplo Edmundo O’Gorman defiende la merecida fama del fraile como defensor de los indios, pero al mismo tiempo plantea la necesidad de evitar su visión como «una especie de santón de la fraternidad», para volver al «hombre de carne y hueso» y el reconocimiento de sus fracasos; Enrique Ruiz, por su parte, ve igualmente la necesidad de reconocer sus contradicciones y redimensionar sus logros, para concluir que «Las Casas es, antes que un precursor ideológico, un profeta»: «Como los profetas de Israel, Las Casas también se sintió llamado por Dios para realizar su misión divina en América: los indígenas eran la personificación de los pobres y los explotados de Israel; como los profetas, también Las Casas se convierte en la conciencia de los reyes y del Consejo de Indias y critica, incansablemente, con una libertad de expresión inaudita, el estado de cosas que ellos de alguna forma han propiciado; los ricos y los poderosos, personificados por los encomenderos, los comerciantes y los conquistadores, tendrán que sufrir asimismo sus violentos ataques, aun en el lecho de muerte» (México: Fomento Cultural Banamex, 1975, págs. 9, 67, 68).

⁸ Augusto Roa Bastos, «Acordar la palabra con el sonido del pensamiento. ¡Lo más difícil del mundo!», en Augusto Roa Bastos. *Premio de Literatura en lengua castellana «Miguel de Cervantes»*, eds. Donoan et al., Barcelona: Anthropos y Ministerio de Cultura, 1990, págs. 59-60.

⁹ Simón Bolívar, «Carta de Jamaica. Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla», en *Literatura hispanoamericana. Textos y comentarios*, vol. II, *La independencia. Siglo XIX*, eds. L. Sainz de Medrano et al., Madrid: Alhambra, 1987, págs. 13-20.

su antiespañolismo ferviente salva al «filantrópico obispo de Chiapas», «apóstol de la América», frente al «frenesí sanguinario» de una España considerada como «desnaturalizada madrastra». Sus palabras aluden a la *Brevísima*... –un texto que hoy se demuestra como apologético y no histórico¹⁰– como imparcial¹¹, y unos años más tarde, aparece Bartolomé de Las Casas integrado en una composición poética de aliento épico del ecuatoriano José Joaquín de Olmedo, *La victoria de Junín*, de 1825. Se trata de pasajes mediales del también llamado «Canto a Bolívar», donde el ecuatoriano recurre a una aparición mágica del último inca, que condena las «tres centurias / de maldición, de sangre y servidumbre / y el imperio regido por las Furias», e invoca a sus hermanos Guatimozín y Motezuma, para proclamar la guerra al usurpador –«sangre, plomo veloz, cadenas fueron / los sacramentos santos que trajeron»–, para concluir exceptuando a uno solo de los españoles:

...el mártir del amor americano,
de paz, de caridad apóstol santo,
divino Casas, de otra patria digno;
nos amó hasta morir. –Por tanto ahora
en el empíreo entre los Incas mora.¹²

El testigo será recogido a fin de siglo por otro ideólogo de la independencia, el poeta cubano José Martí, que en el tercer número de *La Edad de Oro* (septiembre de 1889), revista didáctica mensual para los niños americanos que publica durante su exilio neoyorquino, incluye el ensayo biográfico «El Padre Las Casas», donde hace una semblanza lírica, a modo de fábula infantil, del personaje histórico. Enaltece la grandeza de su larga lucha solitaria en favor de los indios, y habla de su soledad, de su inteligencia –«no decía cosa que pudiera ofender al rey ni a la Inquisición»–, y de su fervor, con imágenes ígneas que se convierten en constante de los asedios literarios al personaje: «Y escribía como hablaba, con la letra fuerte y desigual, llena de chispazos de tinta, como caballo que lleva de jinete a quien quiere llegar pronto, y va levantando el polvo y sacando luces de la piedra». Se sugiere ya la imagen literaria del visionario quijotesco («le rodeaban el convento armados –todos armados, contra un viejo flaco y solo»), y también la imagen de Cristo, la incompreensión de su tarea y

¹⁰ Véase el prólogo a *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Agustín Millares Carló, México: Secretaría de Educación Pública, 1945.

¹¹ «Todos los imparciales han hecho justicia al celo, verdad y virtudes de aquel amigo de la humanidad, que con tanto fervor y firmeza denunció ante su gobierno y contemporáneos los actos más horribles de un frenesí sanguinario», en Bolívar, «Carta de Jamaica», pág. 13.

¹² José Joaquín de Olmedo, *La victoria de Junín*, en *Literatura hispanoamericana*, eds. L. Sainz de Medrano et al., págs. 22-30.

su martirio: «¡Él les daba a los indios su vida, y los indios venían a atacar a su salvador, porque se lo mandaban los que los azotaban!». Finaliza sin tintes épicos, pero señala la grandeza de su aparente derrota: «Casi a escondidas tuvo que embarcarlo para España el virrey, porque los encomenderos lo querían matar. Él se fue a su convento, a pelear, a defender, a llorar, a escribir. Y murió, sin cansarse, a los noventa y dos años»¹³.

En la estela martiana, por su espíritu y su poética, Gabriela Mistral regresa a ese motivo controvertido en el «recado» que en octubre de 1933 titula «Fray Bartolomé»¹⁴, donde lo retrata, al hilo de los postulados martianos, como padre de América, y también como hijo adoptivo de ésta¹⁵. Insiste en las imágenes ígneas, para referirse a sus treinta años de «gesta de fuego», y lo visiona en una sublime locura, «embriagado de cólera y de caridad». Huyendo de la épica solemne relativiza su tarea, porque a su modo de ver fueron muchos los buenos misioneros, pero considera a Fray Bartolomé como emblema del «misionero por excelencia, el misionero al rojo blando, salido de un cristianismo vertical», y contra los que objetan el supuesto antiespañolismo del «andariego», ella considera que la tarea de Las Casas honra a las misiones españolas en América, y engrandece el prestigio español, para concluir extrañándose de que no haya sido aún canonizado¹⁶, y reclamando la reliquia de sus huesos amados para el territorio americano.

Unos años después, es Pablo Neruda quien mantiene esa llama encendida al dedicarle en su *Canto general* (1950) un extenso y fervoroso poema, en la sección IV, «Los libertadores», donde lo sitúa junto con héroes de la historia americana como Caupolicán, Túpac Amaru, Zapata o Sandino. A pesar del tono épico dominante en la obra, el poeta chileno repliega su voz en una semblanza intimista al evocar al dominico; lo convoca como una presencia tutelar, su visión es una epifanía en medio de la lucha cotidiana contra la tiranía: «una luz antigua, suave y dura / como un metal, como un astro enterrado», que bebe «la copa de

¹³ José Martí, *El Padre Las Casas*, Lima: Tarea, 1990, págs. 15, 16.

¹⁴ Gabriela Mistral, «Fray Bartolomé», en *Recados para América. Textos de Gabriela Mistral*, ed. M. Céspedes, Santiago de Chile: Revista *Pluma y Pincel* e Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz, 1978, reproducido en el portal oficial de la Universidad de Chile: <http://www.gabrielamistral.uchile.cl/prosaframe.html>.

¹⁵ «la América nuestra lleva camino de declarar a Fray Bartolomé su padre por los tres costados de protección y también su hijo por el de la ternura», *ibid.*

¹⁶ «Si la Iglesia hubiese canonizado a Fray Bartolomé, pasando por alto sus violencias, como ha excusado otras de santos en ebullición, entonces el nicho, la nave, la capillita rural o la catedral del patrono cubrirían ahora el Continente, porque lo hubiese tenido en todas partes [...] Nadie puede imaginar el torrente de fervor, la reverberación de agradecimiento que un tal santo promulgado por Roma haría levantar en esos pueblos sensuales-místicos, donde un catolicismo criollo mantiene ardiente el horno de la fe que en Europa ya se enceniza o se muere. Roma no ha querido; pero puede querer un día...», *ibid.*

la cólera»¹⁷. Sus versos entreveran la visión del fraile mensajero de la paz, así como la justificación de la virulencia enardecida de sus escritos:

No sirvió la piedad. Cuando mostrabas
tus columnas, tu nave amparadora,
tu mano para bendecir, tu manto,
el enemigo pisoteó las lágrimas
y quebrantó el color de la azucena.
No sirvió la piedad alta y vacía
como una catedral abandonada.
Fue tu invencible decisión, la activa
resistencia, el corazón armado.
...
Y para no caer, para afirmarme
sobre la tierra, continuar luchando,
deja en mi corazón el vino errante
y el implacable pan de tu dulzura.¹⁸

Todos esos antecedentes obrarán sin duda en la gestación de las piezas que al dominico dedica Miguel Ángel Asturias, quien ya plantea sus obsesivos asedios al mundo colonial, a la problemática indígena y al cuestionamiento de las trampas del poder en obras como *Leyendas de Guatemala* o *El Señor Presidente*. En los dos ensayos líricos mencionados, que publica en México, lo identifica con el gran personaje cervantino, don Quijote de la Mancha. El primero se titula «Los dos Quijotes: la locura de Fray Bartolomé» (*Excelsior*, México, julio de 1968): en él comenta Asturias la actualidad del fraile, y hace una evocación fabuladora donde lo presenta como una encarnación anacrónica y literaria de la voluntad de Cervantes de acudir a América –un deseo que llegó a aprobar el rey, pero que no llegó a cumplir–, al tiempo que juega con la posibilidad de que el maestro español escribiera su obra cumbre en territorio guatemalteco. La visión se encadena de inmediato con una nueva: aunque no va a América el autor del *Quijote*, sí lo hace su personaje, encarnado en el Obispo de Chiapas, que lucha «en vida y aun después de muerto, con los molinos de la injusticia»¹⁹. De un modo sutil, sin beligerancias pero tampoco claudicaciones, Asturias responde a la diatriba construida pocos años antes por Menéndez Pidal: «nosotros aceptamos dicha locura en lo que Don Quijote tiene de loco, pues sí que era locura hablar el

¹⁷ Pablo Neruda, *Obras completas*, ed. H. Loyola, vol. I, Barcelona: Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, 1999, págs. 482, 483.

¹⁸ *Ibid.*, págs. 487-488.

¹⁹ Asturias, *América, fábula de fábulas*, pág. 353.

idioma que el obispo Las Casas habla, al levantarse vertical y terrible contra los genocidas. La locura de Don Quijote, sí, otra locura, no»²⁰. Argumenta además que si Las Casas, como afirma el gran filólogo, hubiera sido realmente un loco, ya lo habrían delatado sus contemporáneos, y no habría podido alarmar al rey ni provocar las argumentaciones de Sepúlveda, que con demostrar esa locura, hubiera derrumbado de un golpe su acusación contra la actuación española, y concluye:

Y así, sí aceptamos la enajenación del monje, su ira santa, sus transportes de profeta de los tiempos bíblicos, y su visión futura de los pueblos liberados [...] La locura de Don Quijote. Desfacer entuertos. Los dos Quijotes. El de Cervantes y el de Dios, en un solo Quijote. En ese gran sueño de justicia humana. Aquél perdió el seso leyendo libros de caballería, y éste, presenciando crímenes de caballeros. Su empeño es el mismo. Sacan fuerzas de donde salen las verdaderas fuerzas, de la fe en una humanidad mejor [...] Pero otros les precedían y otros les seguirían: Jesucristo, adelante; Bolívar, detrás. Porque a Jesús también se le acusó de loco. Y la locura de Fray Bartolomé, no es la esquizofrenia a que se refiere Menéndez Pidal, sino la locura de Cristo.²¹

Un año después, en mayo de 1969, vuelve Asturias a publicar en el mexicano *Excelsior* un artículo sobre el personaje, ahora titulado «El obispo Quijote», de «discursos incendiarios», donde insiste en la visión de América como nuevo ideal para caballeros andantes, entre los que incluye a Cervantes, que habría escrito el *Quijote* «por la nostalgia que había en su ánimo de aquel mundo de fábulas y caballeros desaparecido y que reaparecía [...] en tierras vírgenes extendidas del otro lado del océano»²². Juega de nuevo con el anacronismo y visiona a otro «Quijano, sin Rocinante, sin Sancho, un obispo que dio batalla como gran desfacedor de entuertos, fray Bartolomé de las Casas». Su visión es muy cristiana, como la pieza teatral, y de ahí los ataques a lo que se considera una claudicación ante el poder colonial: tiene por peto su sayal y por escudo su devocionario, y sus gigantes son los intereses creados, que llegan incluso a provocar la muerte de un obispo en Nicaragua, el amotinamiento en Perú, y el rechazo del propio

²⁰ *Ibid.*, pág. 354. También Marcel Bataillon insiste en lo mismo: «Menéndez Pidal le compara, en tanto que paranoico, a Don Quijote. Pero este último es el tipo mismo del monomaniaco, concebido como tal por un novelista. Su idea fija, anacrónica, le aísla de sus contemporáneos, de los que es la burla. Las Casas ha sido el enderezador de entuertos terriblemente reales y actuales; y lejos de ser un asilado, es, en su tiempo, el más célebre y el más notorio de los evangelizadores defensores de los indios, que forman una minoría activa en todas partes aborrecida por los colonos», *Estudios sobre Bartolomé de Las Casas*, Barcelona: Península, 1976, pág. 15.

²¹ M. Á. Asturias, *América, fábula de fábulas*, pág. 354.

²² *Ibid.*, págs. 357, 356.

Obispo Las Casas en México, donde se le niega la cabalgadura, el alimento y hasta el agua. Todo ello lo obliga a regresar a España, donde la escritura de sus memorias se convierte en nueva arma de combate contra la explotación del indio, de nuevo por la justicia y la paz.

Todos estos ensayos previos encuentran su colofón en su configuración final, *Las Casas: el Obispo de Dios*. Su título primero –*La Audiencia de los Confines. Crónica en tres andanzas*–, más sugestivo pero menos informativo, es sustituido por otro más universal, que además traslada el foco de atención para proyectarlo de lleno en su protagonista, quien domina toda la obra aunque no aparece hasta la andanza tercera. Como es sabido, la Audiencia de los Confines es una institución creada en 1544 para que se cumplan las Leyes Nuevas de 1542, rechazadas por los encomenderos por obligarlos a renunciar a sus privilegios. Los personajes del drama están polarizados en fuerzas contrapuestas, de un lado los españoles –como el Gobernador, su secretario Pedrales, Fray Jerónimo de la Cruz, Las Casas o su criado negro Comacho–, y de otro los indígenas –como Nabor, el sacerdote-mago, Ulú Kinich, Musén-Ca o los flecheros indios–. Los tres actos son denominados *andanzas*, un vocablo que sugiere la naturaleza *andariega* del fraile protagonista, anotada por Mistral y también por Asturias en textos anteriores, y que anuncia desde el título la singularidad del drama en relación con la tradición hispánica, pues acoge coros y cantos al modo precolombino.

El conjunto de la pieza teatral se caracteriza por su naturaleza lírica –como «bellísimo drama poético» lo caracteriza J. M. Vallejo²³–, compatible con el humorismo de corte expresionista tan caro a Asturias, y sus componentes mágicos se ofrecen integrados en la cotidianidad. La primera andanza se desarrolla en un doble escenario, el despacho del Gobernador y el adoratorio de ídolos mayas, con un contrapunteo de diálogos que compone una visión plural para el espectador. Los encomenderos luchan por sus intereses económicos, los indios por la preservación de su ideario religioso; Las Casas, como personaje histórico, se habrá de situar entre dos frentes: el rechazo de los españoles, a los que se niega a absolver si no renuncian a sus esclavos, y también el rechazo de los indios, manipulados por sus amos para que se enfrenten con el dominico.

En las primeras escenas, el gobernador dicta quejas a su secretario Pedrales en diálogos grotescos, donde Pedrales lo interrumpe una y otra vez cuestionándole que plagia a Motolinía al referirse a Las Casas, cuando dice que es «mal fraile y peor obispo», «grande su desorden y poca su humildad», padre «que a los españoles se nos volvió padrastro»²⁴. El gobernador reivindica su derecho a disponer de los esclavos indios y en especial de las doncellas sagradas, que ordena raptar para su personal deleite. Pronto sabremos de su triple traición:

²³ Prólogo a *Las Casas*, pág. 125.

²⁴ Asturias, *Las Casas*, pág. 201.

ha secuestrado a Musén-Ca, guardián de las vírgenes; ha enviado a una de las jóvenes una convocatoria para reunirse con ella haciéndose pasar por Musén-Ca; ha aceptado el oro de los indios a cambio de la búsqueda del guardián, cuyo paradero ellos desconocen.

Una epifanía súbita ilumina entonces la escena: es un fraile dominico, pero no se trata de Las Casas, sino de Fray Jerónimo de la Cruz. Con la traslación, Asturias huye de la hagiografía recurrente, la trampa más cercana a cualquier acercamiento al personaje; en su obra, es la causa indígena el foco central. Aparece a la luz del velón el fraile dominico en hábito blanco, cubierto por el polvo de largas jornadas, el rostro «mortalmente pálido» según la didascalia, casi como una profecía del destino que le espera. Se trata de un personaje imaginario, simbólico, voz de la conciencia de los españoles. Su aparición está envuelta en un halo de milagro, como si hubiera sido impulsado por las nubes o el viento, nadie sabe cómo ha llegado, los guardianes no lo han visto, y el gobernador lo teme a pesar de su despojo y precariedad. De algún modo es una figuración de Las Casas, el fraile andariego, que a pesar de las dificultades de ese tiempo recorrió durante años innumerables territorios americanos, como La Española, Cuba, México y Guatemala, además de cruzar el océano en diversas ocasiones para acudir a España en pro de su causa.

En el adoratorio maya, los guerreros descubren que la doncella Ulú ha sido engañada y no espera al guardián Musén-Ca, sino a un traidor, y deciden ejecutar a quien acuda a la cita. Mientras, Fray Jerónimo de la Cruz recrimina al gobernador no haber llevado a América la cruz de Cristo, sino otra de las del Santo Calvario, la del Mal Ladrón, y le pide la libertad para los indios, en especial el que está encerrado en el patio del aljibe. Su omnisciencia y actuaciones rozan lo milagroso: ha llegado desde un convento de Nueva España para cumplir su misión pacificadora, y figura un *alter ego* de Las Casas. Pero los indios ya se han alzado, el gobernador pide que se ahorque al prisionero para lograr su silencio y el fraile le recrimina también que haya faltado a su palabra, conservando el oro del rescate. Ante tal ultraje, el fraile se ofrenda para lograr la paz.

La andanza segunda se desarrolla en el palacio arzobispal, y también comienza con una escena cómica. El arzobispo es llamado insistentemente por una criada, que anuncia que el chocolate está preparado, y por el portero, que anuncia la llegada del Gobernador. Los gritos perentorios anunciando al gobernador y el chocolate se entrecruzan en el aire, hasta que la merienda es engullida por el paje, quien aprovecha el desánimo del Obispo, muy afligido por las circunstancias: aterrado por el fragor del momento, teme por su propia vida, acorralada entre la cruz y la espada. En ese momento se produce una revelación sobrecogedora: Jerónimo de la cruz ha muerto a manos de los indios; confundidos e incitados por el Gobernador han asesinado a su defensor. El Obispo protesta airado:

Fray Jerónimo de la Cruz poseía varias de las lenguas recónditas de los indios y el idioma de las señales divinas y por eso fue despertado, sacudido, levantado de su celda, en su convento de Nueva España, y transportado a través de cientos de leguas, como en un sueño, en el espacio de una noche. Venía a poner paz, a evitar un gran levantamiento de pueblos, sin más armas que su breviario, sin más armaduras que su sayal sobre su cuerpo ni más días que los de Cristo, pues se nos hizo llanto a los treinta y tres años de su edad.²⁵

Gobernador y Obispo se entrevistan, en medio de una enorme tensión: la soberbia del primero se enfrenta con la resistencia del segundo. El Obispo lo culpa del levantamiento de los indios para desagaviar a sus doncellas, y de la tortura y ejecución del prisionero, al que le fue arrancada la lengua para que no contara nada. El Gobernador lo amenaza con hacerlo prender y el obispo con la excomunión. No hay paz posible, sólo un abismo insalvable entre las leyes divinas y humanas. La Audiencia de los Confines será la encargada de dilucidar el caso y tomar cartas en él. Asturias logra con maestría recrear el momento sin necesidad de acudir al historicismo, aunque el gobernador está inspirado en la crueldad de Pedro de Alvarado, y el fraile, en Las Casas.

Mientras, el contrapunteo de las voces indígenas regresa:

¡Oh, presuroso entretejerse de la vida y la muerte
en el combate!
Los combatientes heridos
sueltan las raíces de su sangre
y quedan sembrados en la tierra guerrera...
La primavera no los encontrará
hombres, sino flores...²⁶

El alboroto es inmenso, y se vislumbra la figura de Comacho, el sirviente negro de Las Casas, que llega cargado con un baúl lleno de infolios, mientras, en el adoratorio de ídolos mayas, el gobernador embozado se autoexculpa ante los guerreros de la muerte de Musén-Ca; les cuenta que la Iglesia los quiere hacer prisioneros a ellos, y les propone que apresen a Las Casas al día siguiente en el palacio arzobispal, «en el nombre de Dios»²⁷.

En la andanza tercera aparece al fin el fraile dominico, de aspecto noble, recordando en una ensoñación su debate con Sepúlveda en Valladolid, y bajo el signo de fuego que domina siempre su figura literaria: «llameantes los ojos,

²⁵ Asturias, *Las Casas*, págs. 266-267.

²⁶ *Ibid.*, pág. 296.

²⁷ *Ibid.*, pág. 310.

llameante el pelo, llameantes los labios, llameantes las manos, llameante el verbo»²⁸. Repite sus palabras pronunciadas ante el emperador, su acusación contra la alianza de la espada y el crimen, su lamento de que su búsqueda de la paz no reciba otro pago que la violencia. Las voces desde fuera piden que vaya a la hoguera o a la horca, le recriminan su pasado y sus culpas, y él pide perdón una vez más por sus errores, por el involuntario daño hacia los esclavos africanos, a los que ve como cirineos que ayudaron en su martirio a los indios. En ese momento Comacho lo calma y se produce una breve epifanía, en un pasaje añadido en la versión de 1971: aparece Sancho Panza, que le habla a Don Quijote –su *alter ego* en términos de Asturias–, y éste le responde que no hay más descanso que el combate, y que ha de continuar su labor más allá del Océano, en las Indias. Las Casas conversa con él y lo contempla como si se mirara en un espejo: «Mucho antes que Cervantes te insuflara vida inmortal, yo viví en mi propia carne todos los sufrimientos que se clavaron en la tuya»²⁹. Tras esa visión, los indios asaltan el palacio, y se produce una vuelta de tuerca: el cacique Nabor pide a Fray Bartolomé que huya, no vienen a matarlo sino a salvarlo, en pasajes climáticos: «¡No os entreguéis!... ¡Sois nuestra última esperanza!... [...] ¡Es nuestro padre!»³⁰. Nabor delata al gobernador, que lo atraviesa con la espada. Sus hombres amenazan con herirse con flechas envenenadas para no caer en manos del enemigo. El gobernador amenaza a Las Casas con hacerle comer sus escritos. Entran alguaciles anunciando la Justicia del Rey, la Audiencia de los Confines, y el gobernador es apresado. Se trata de un final esperanzado que subvierte el que cerraba su otro gran alegato contra la opresión, *El Señor Presidente*, cuestionado a menudo por ese motivo. No obstante, el humanismo cristiano de esta pieza también ha sido criticado, por autores como Arturo Arias o José María Vallejo, porque convertiría a los indígenas en víctimas resignadas³¹.

Aún merecen ser recordadas al menos dos nuevas ficcionalizaciones de la figura histórica de Bartolomé de Las Casas: las de Alejo Carpentier y Mario Monteforte Toledo. La del primero se contiene en su última novela, *El arpa y la sombra*, de 1979, donde, al igual que en la pieza teatral *La aprendiz de*

²⁸ *Ibid.*, pág. 312.

²⁹ *Ibid.*, pág. 325.

³⁰ *Ibid.*, pág. 344.

³¹ Arias hace una lectura tendenciosa y arbitraria, condena la visión conciliadora de Asturias y la ve como claudicación frente al poder colonial que no ve separado de la religión. (Véase Arturo Arias, «Legitimación mestiza, subalternidad indígena: contrapuntos étnicos en *Las Casas: el Obispo de Dios* de Miguel Ángel Asturias», en Miguel Ángel Asturias, *Teatro*, ed. L. Méndez de Penedo, Barcelona: Archivos, 2003, págs. 1051-1070). J. M. Vallejo, por su parte, se empeña en cuestionar los datos históricos, como si no se tratara de una pieza literaria y simbólica: «Vana es, por tanto, la esperanza que parece destilar la *Crónica* dramatizada de *Los Confines* de Miguel Ángel Asturias, en su final, que sugiere un cambio favorable para la vida explotada, y las penalidades e injusticias padecidas por los indígenas, con la entrada de los oidores en Santiago de Guatemala» (Asturias, *Las Casas*, pág. 128).

bruja, de 1956, también propone como protagonista a un personaje desgarrado entre dos mundos, el del conquistador y el del conquistado, y también incluye componentes mágicos y fantásticos. En la novela regresa a los tiempos de la conquista, y se centra en la figura de Cristóbal Colón, al que considera artífice del mayor acontecimiento de la historia universal, y sin embargo relegado y rodeado de enigmas, de modo que realidad y leyenda se entrelazan en torno a él. Le intrigan los intentos de canonizarlo por parte de Pío IX y León XIII, algo finalmente rechazado por haber vivido en concubinato y por ser responsable de la esclavitud en el Nuevo Mundo. El escritor cubano crea a partir de estos motivos una reescritura carnavalizada de ese proceso histórico: el espectro de Colón contempla la actuación del tribunal del Vaticano, que convoca como testigos a personajes históricos de las épocas más variadas, como Julio Verne o Alfonso Lamartine, y también a Fray Bartolomé de Las Casas, que aparece como testigo de cargo, y es inmediatamente insultado por León Bloy como «megalómano», «falsario» y «serpiente con sandalias», en tanto que le hacen coro virulento y grotesco los Impugnadores de la Leyenda Negra de la Conquista Española. El fraile participa en el juicio con pasajes de su verdadera voz, extraídos por Carpentier de los escritos lascasianos, mientras el coro clama «¡Vivan los caníbales!», en escenas delirantes³².

Finalmente, cabe recordar la propuesta teatral de otro guatemalteco, Mario Monteforte Toledo, que en 1983 estrena en Quito (Ecuador) *El santo de fuego*³³, pieza en dos actos publicada en 1986 en México. El conjunto es una revisión del proceso biográfico de Fray Bartolomé, considerado desde la mirada de los personajes que en su tiempo poblaban los mismos espacios que él, de modo que se evita la sublimación del fraile. Los labriegos critican a los soldados, encomenderos y frailes, que se enriquecen en territorio americano mientras ellos se entregan a las duras jornadas, y también muestran su malestar hacia los indígenas, su secreto temor a que algún día los expulsen de su territorio y los devuelvan al mar. El espacio americano es el reino de la violencia, y Bartolomé de las Casas aparece en su perfil más humano desde sus comienzos, cuando ve rechazada su petición de absolución por el dominico Montesinos, que le exige renunciar a su encomienda de indios, y le recuerda que la salvación del nuevo territorio necesita «santos de fuego», tras lo cual Las Casas abandona todo y se entrega a su misión³⁴. Incluye elementos sentimentales y finaliza con la muerte

³² Alejo Carpentier, *El arpa y la sombra*, México: Siglo Veintiuno, 1989, pág. 209.

³³ Mario Monteforte, *El santo de fuego*, México: UNAM, 1986.

³⁴ «La justicia es un incendio en cuyas llamas vale la pena morir. La fe arde; todas las formas de fe están ardiendo. Pero tú juegas con trampas. Procuras engañar a Dios con una máscara de piedad y amasas fortuna mientras él duerme. La encomienda es la incubadora de los más abominables pecados que cometen los españoles en el Nuevo Mundo: el robo, el asesinato, el estupro, la mentira, la soberbia», *ibid.*, pág. 23.

del fraile arrodillado, mientras un coro de voces le canta: «para siempre veneraremos la huella de tu sandalia, el lugar donde cayó tu cólera sobre quienes te odiaron y nos humillaron»³⁵.

En definitiva, las figuraciones literarias del personaje histórico insisten en su visión de América como espacio de la utopía, donde ha de ser posible el reino de la justicia y de la paz; un espacio nuevo donde la humanidad pueda redimirse de su pasado de ignominia, y volver a un tiempo previo a la expulsión del paraíso. Los regresos a la figura de Bartolomé de Las Casas como símbolo, más allá de su realidad histórica, obedecen a una necesidad de reescritura y fundación inherente a las letras latinoamericanas, que se hacen eco de lo que ya afirmara Alfonso Reyes en *Última Tule*: América, antes de ser encontrada por los navegantes, ha sido inventada por los humanistas y los poetas³⁶.

³⁵ *Ibid.*, pág. 75.

³⁶ Alfonso Reyes, *Última Tule y otros ensayos*, Caracas: Ayacucho, 1992, págs. 193 y 225.